

El leutegia

Mi memoria me juega malas pasadas a veces. Es caprichosa. Apenas recuerdo que he comido hoy, pero si cierro los ojos puedo ver el pasado con claridad.

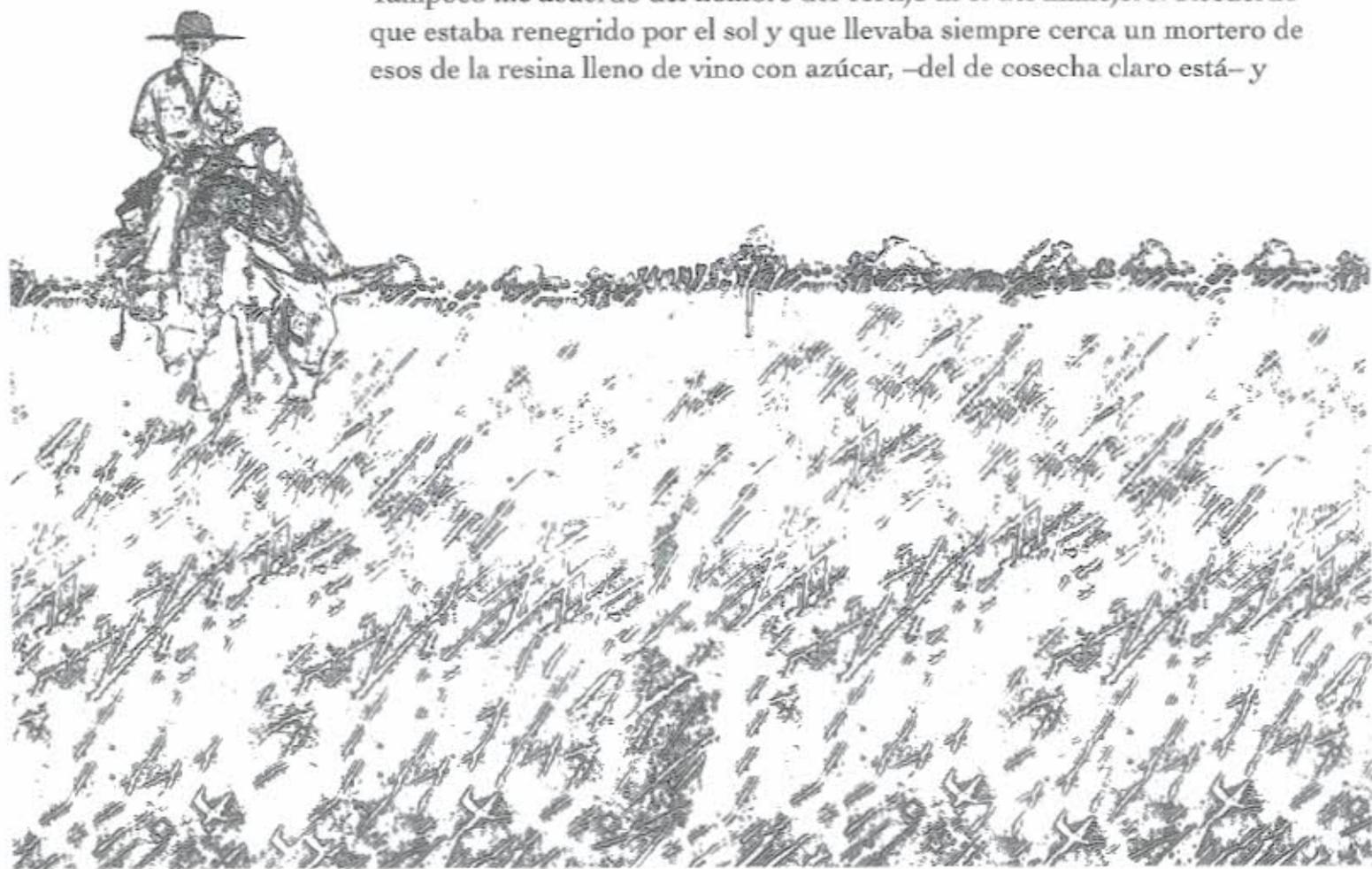
Dejé de contar mis años pasados los noventa y de eso, créeme, hace ya muchos.

No recuerdo que día fue. Tampoco si era lunes o domingo. Antes, todos los días eran iguales, el campo y el ganado no entendían de fiestas.

Recuerdo que el sol mordía nuestras cabezas. Llevaba el pelo recogido en una trenza y un pañuelo para evitar que el polvo de la paja atravesara el viejo sombrero que llevaba y se metiera hasta en mi cerebro. Hacía un calor de justicia. Siempre hacía calor en la siega.

Y es que cuando el campo empezaba a dar sus frutos íbamos de un pueblo a otro en busca de faena. La vendimia, la aceituna, la siega... todo era bien recibido.

Tampoco me acuerdo del nombre del cortijo ni el del manejero. Recuerdo que estaba renegrido por el sol y que llevaba siempre cerca un mortero de esos de la resina lleno de vino con azúcar, -del de cosecha claro está- y



le echaba una pizca de bicarbonato para que salieran burbujas. De vez en cuando nos ofrecía un trago. Se ponía detrás atando las gavillas para meter prisa a los que se dormían segando. Así no perdía de vista ni un momento a la cuadrilla.

También recuerdo el traqueteo del burro que me llevaba a cuestras. Y no os creáis que era lo normal. Lo normal era ir andando, pero esta vez todo era algo diferente. Eso que Rabiza y yo no nos llevábamos bien. Cuando tenía once años me dio una cox y me derribó los dientes. Y no sé por qué pero me volvieron a salir todos. O casi todos. Quizá por eso aún los conservo. O quizá no. Yo que sé.

Casi todo el camino lo hicimos de noche huyendo del sol. Llegamos al amanecer y ni siquiera habíamos sacado el hatillo del burro cuando ya estábamos segando. La expresión de sol a sol yo creo que la inventaron en la siega. Pero claro, la mies hay que segarla cuando la espiga está blanda para que la espiga no caiga al suelo cuando la cortas con la hoz. No estaba la cosa para desperdiciar grano.

Segar es fácil cuando ya has segado mucho, si no corres el riesgo de llevarte una mano por delante por mucho zoquete que te pusieras. No era la primera vez que segaba. Tampoco fue la última. Pero sí la que no olvidaría jamás.

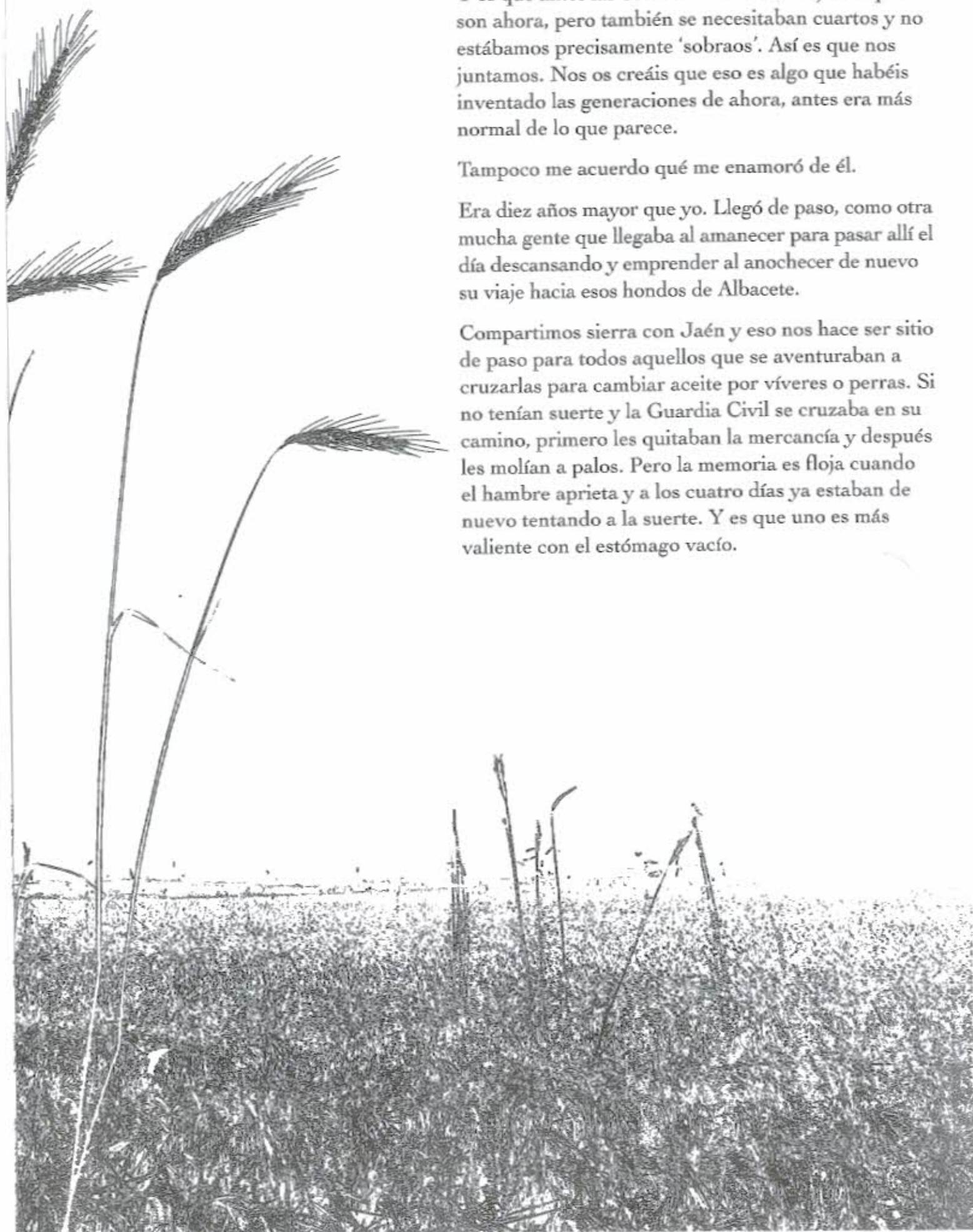


Mi marido iba con los hombres. Y digo mi marido, pero en realidad no lo era. No estábamos casados. Y es que antes las bodas no eran ni de lejos lo que son ahora, pero también se necesitaban cuartos y no estábamos precisamente 'sobraos'. Así es que nos juntamos. Nos os creáis que eso es algo que habéis inventado las generaciones de ahora, antes era más normal de lo que parece.

Tampoco me acuerdo qué me enamoró de él.

Era diez años mayor que yo. Llegó de paso, como otra mucha gente que llegaba al amanecer para pasar allí el día descansando y emprender al anochecer de nuevo su viaje hacia esos hondos de Albacete.

Compartimos sierra con Jaén y eso nos hace ser sitio de paso para todos aquellos que se aventuraban a cruzarlas para cambiar aceite por víveres o perras. Si no tenían suerte y la Guardia Civil se cruzaba en su camino, primero les quitaban la mercancía y después les molían a palos. Pero la memoria es floja cuando el hambre aprieta y a los cuatro días ya estaban de nuevo tentando a la suerte. Y es que uno es más valiente con el estómago vacío.



Entre cabezada y cabezada siempre sacaba un rato para tocar la guitarra y que todas las mozas (imagino que también los mozos, pero no me acuerdo) fuéramos a oírle cantar. Incluso llegué a creer que me cantaba solo a mí aunque escucháramos todas.

A la vuelta también hacía allí su parada. Llegué a creer que solo paraba por verme a mí. Me gustaba sentirlo. Un nudo en el estómago me acompañaba esos días en los que se iba y no sabía cuándo iba a volver, ni cómo.

Verle aparecer era como cuando tienes sed y bebes agua. O como cuando tienes calor y viene una bocanada de aire fresco. El nudo se transformaba en mariposas.

Con 28 años eras ya un hombre hecho y derecho. Así es que no tardamos mucho en hacernos novios y apenas había cumplido los 18 cuando ya me fui a vivir con él. Entonces el trabajo y los estudios no te impedían precipitarte.

Los hombres en la siega hacían el trabajo más duro. Bueno, no os creáis que no era duro estar agachada con la hoz en una mano y la mies en la otra, pero era más maña que fuerza lo nuestro. Ahora, si agacho así la cabeza, la hincó en el suelo y no hay quien me levante.

Estaba colocándome el manguito de tela que nos poníamos en el brazo para evitar que las espigas de trigo nos rasparan toda la piel cuando noté que algo raro me estaba pasando. Un dolor de barriga empezó a hacerme sudar más de lo que era normal con el calor hacía.

Fui pasando la mañana como buenamente pude intentando no pensar demasiado en ello cuando, de repente, la que segaba a mi lado grito "ya viene el burro" y no es que la importara lo más mínimo que viniera el burro, pero sí lo que traía.



A medio día parábamos para comer en el campo. Si teníamos suerte comíamos en la sombra, si la había, pero procuraban ponerla en el sol para que comiéramos más aprisa. Rodeábamos la sartén como si no hubiera un mañana. Así es que, sin dirigirse casi ni la palabra, se arrejuntaron y se pusieron todos a comer. Sabíamos muy bien cómo iba esto de la comida en la siega.

El dolor me había quitado la gana, así es que ni me arrimé. Me senté en la sombra de una encina que había cerca a ver si cambiando de postura conseguía encontrarme mejor. El dolor no cesaba. Venía como un huracán que me dejaba casi sin respiración para desvanecerse en la nada. Y al rato otra vez.

Mi marido —que aún no lo era— vio que no me arrimaba y se acercó a ver qué pasaba. Le dije rápidamente que estaba bien, sabía perfectamente que oveja que bala, bocado que pierde y no quería que se quedara también sin comer él.

No sé cómo pude reincorporarme, pero según llegué a mi surco el dolor fue tan intenso que las piernas me fallaron y me hincé de rodillas allí mismo. La compañera me ayudó a levantarme y antes de que estuviera de pie llegó el manejero a ver porque no habíamos empezado ya. Siempre pendiente de sus trabajadores...



Como vería el pobre hombre mi cara que él mismo me acompañó hasta la casa. Tardamos un rato en llegar. Esos campos de trigo parecían interminables a veces. Me senté como pude en el suelo de la habitación donde dormiríamos. Se dormía así. Todos juntos. Incluso si el 'peazo' estaba lejos de la casa se dormía en el mismo campo. La paja servía de colchón y una manta borriquera impedía que te rasparas con ella, aunque la verdad es que no se si raspaba más la paja o la lana de esas mantas. Eran indestructibles, aún debe haber alguna por la casa del pueblo.

Salió tan rápido en busca de mi marido –que aún no lo era– que pensé que la cosa pintaba peor de lo que yo creía. Llegó enseguida, pero según llegó vi que iba a servirme de poco su ayuda. Su cara lo decía todo. Solo se limitó a susurrar ¿Ya? ¿Pero si no puede ser? ¿Estas segura?

Retorcida de dolor, al escucharle decir eso, le clavé los ojos de tal manera que dio gracias que no fueran dos puñales. Solo estaba de siete meses. No debería querer nacer, pero parece ser que le pudo la prisa.

Blanco como la pared y con peor semblante que el mío salió fuera a que le diera el aire y poder recuperar el aliento. No podía creer que estuviera de parto. No quería creerlo. Y mientras yo seguía retorcida de dolor, él fumaba un cigarrillo tras otro. Como en las películas.



Me acordaba de mi madre. De las veces que ella había ayudado a las mujeres del pueblo a traer a sus hijos al mundo. De cómo las tranquilizaba solo con la voz y de cómo entre retortijón y retortijón –las contracciones de hoy en día vamos– creía escuchar su voz.

Había visto como apretando fuerte algo con los dientes se hacía más llevadero, así es que mordía mi trenza con todas mis ganas (menos mal que me salieron otra vez los dientes después de la aventura con Rabiza, si no, me las hubiera visto aún peor).

Esperaba con impaciencia que hubieran ido a buscar ayuda, pero allí no aparecía nadie.

El suelo estaba fresco y se agradecía, eso sí las piedras de la pared se hincaban en la espalda como si las hubieran sacado punta.

En los pueblos, la relación con la muerte, e incluso con la vida, era diferente. Veíamos morir y nacer casi con la misma frecuencia. Yo había visto nacer muchos corderos, e incluso algún que otro cerdo, y pensaba que si ellos podían hacerlo solos yo también. Al fin y al cabo se supone que somos la raza superior.

Sujetaba mis rodillas con ambas manos y unas ganas irresistibles de apretar sacaron fuera todo lo que estaba dentro. Placenta, fluidos, niña... todo revuelto.

Yo misma corté el cordón. Seguía sin aparecer nadie. Una madre nunca debería decir esto, pero que feíta que era mi niña. Sin pelo, sin pestañas, blancucha, a medio hacer...

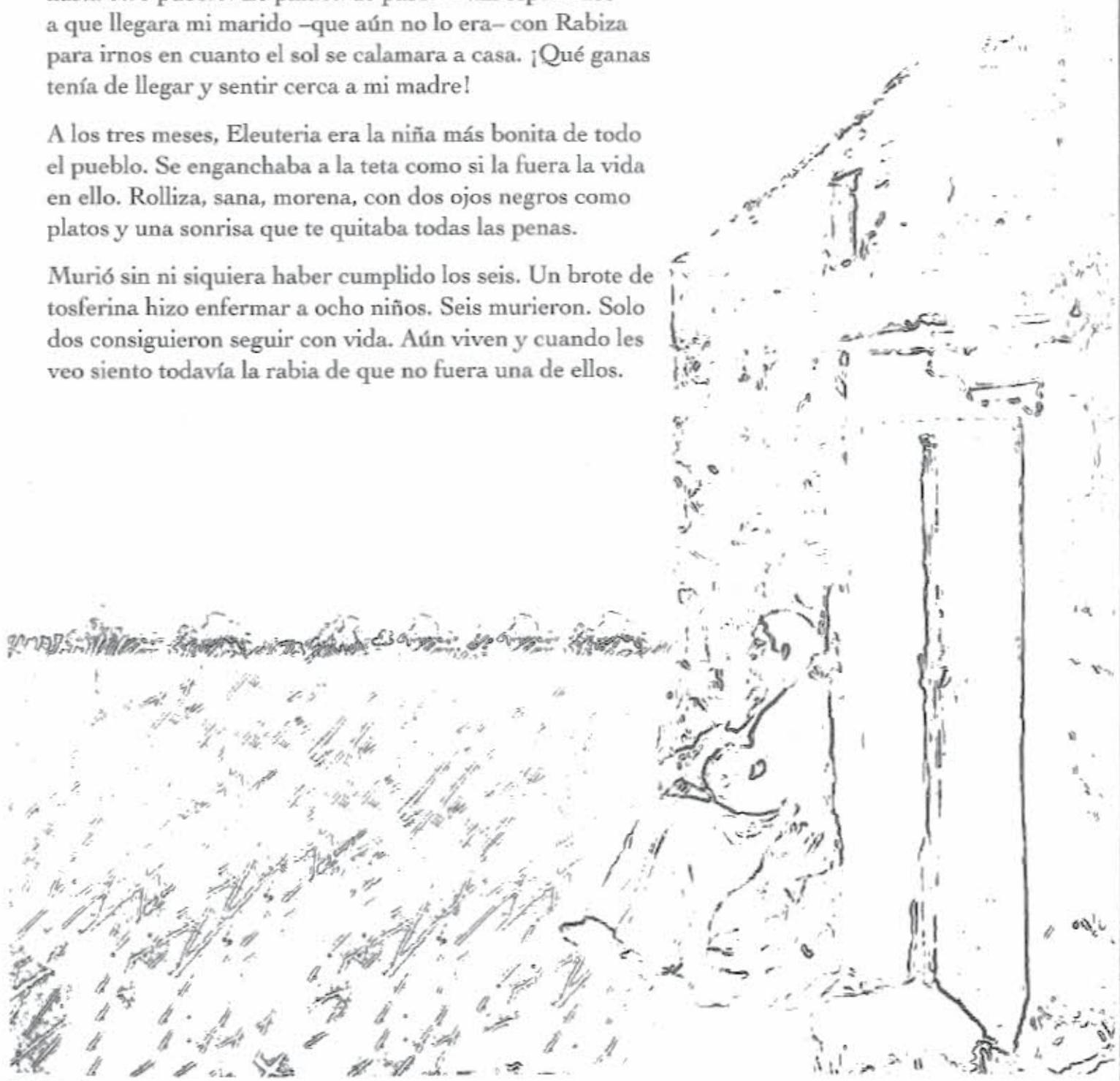
La sujeté contra mi pecho envuelta en el delantal que llevaba puesto y debimos quedarnos dormidas un momento porque cuando abrí los ojos allí estaba él, mirándonos, con cara de estar recién parido y todavía susurrando me dijo: "déjame que coja a Eleuteria".

Justo en ese momento me enteré de que su nombre sería ese. Nunca le pregunté por qué quiso que se llamara así. Ahora me arrepiento. Cuando llegue será lo primero que haga. Una duda así hay que resolverla cuanto antes.

Al día siguiente mi niña y yo nos fuimos en un camión hasta otro pueblo. Le pillaba de paso. Y allí esperamos a que llegara mi marido —que aún no lo era— con Rabiza para irnos en cuanto el sol se calamara a casa. ¡Qué ganas tenía de llegar y sentir cerca a mi madre!

A los tres meses, Eleuteria era la niña más bonita de todo el pueblo. Se enganchaba a la teta como si la fuera la vida en ello. Rolliza, sana, morena, con dos ojos negros como platos y una sonrisa que te quitaba todas las penas.

Murió sin ni siquiera haber cumplido los seis. Un brote de tosferina hizo enfermar a ocho niños. Seis murieron. Solo dos consiguieron seguir con vida. Aún viven y cuando les veo siento todavía la rabia de que no fuera una de ellos.



A los 18 años recibí una carta por si todavía no había jugado bastante la vida con nosotras. Me la tradujo mi hijo. Y no es que estuviera escrita en otro idioma sino que no podía entender como el Ministerio de Defensa quería que se incorporara al servicio militar mi Eleuteria. Y es que entonces una letra, o tan solo una pequeña parte de ella, podía cambiarlo todo. Buscaban a Eleuterio. Nunca recibieron respuesta pero consiguieron remover todo aquello de nuevo.

Ya pronto estaré contigo mi niña. Dile a papá que se cambie de camisa, que se ponga esa blanca que tanto me gusta. Y que cuando llegue, esté preparado para entonarme la canción que nos cantaba siempre, quiero que deje ya de ser un recuerdo.

Nos vemos.

(Basado en una historia real. O no. Mi memoria me juega malas pasadas a veces)

